

Llegamos á la parte patética. Oigamos:

"El Sr. Vigil se empeña en hacer creer, aun cuando sea indirectamente, que los muy ilustrados profesores de la Preparatoria han tolerado siquiera alguna vez, á ese *fárrago de desatinos* que se llama "Ciencia del conocimiento, por Tiberghien." No, Sr. Vigil, aun cuando vd. se empeñe, jamás los profesores han aprobado semejante libro; y la razón es sencilla, ni ellos, ni ninguna persona que tenga cultura científica, puede avenirse con *tantos disparates*. Si vd. quiere probar, no solo con su dicho, sino con un testimonio competente lo relativo á este asunto, puede publicar las actas relativas, que están en la secretaría de la Escuela Nacional Preparatoria."

Desde luego protestamos contra el empeño que se nos atribuye de que se crea indirectamente, pues no conocemos esa division de creencia directa é indirecta. Si lo que se quiere decir es que nos hemos empeñado en que se tenga por cierta una cosa que no lo es, el Sr. Ruiz se ha separado dos veces de la verdad, lo cual no deja de ser grave para un autor de lógica. Recuerde su señoría que nos dijo con ese énfasis que distingue á los sectarios del *ipsedixitismo*: "Los profesores de la Escuela Preparatoria, *no una, sino dos veces*, han reprobado la obra de Tiberghien." Nosotros contestamos, lo que es cierto, que ni una, ni mucho ménos dos veces, habia habido tal reprobacion. ¿Quiere decir esto que fué aprobada? Por Dios, Sr. Ruiz, cuando quiera vd. disfrazar la verdad, procure hacerlo de una manera más científica, y sobre todo, no pretenda disculparse echando sobre los hombros del vecino el peso de sus propios deslices. Si vd. quiere confundirnos, el medio es muy sencillo; pruebe vd. que la obra de Tiberghien ha sido reprobada una sola vez, con eso nos contentamos, y aceptamos sin más ni más la nota que merece el que oculta la verdad á sabiendas, de lo contrario..... Pero pasemos adelante. En cuanto á eso de que la lógica de Tiberghien es un *fárrago de desatinos y disparates*, observáremos al Sr. Ruiz que se ha salido completamente de tono, y que no es de esa manera inconveniente y destemplada como trata á su adversario, sea quien fuere, un autor que se respeta á sí mismo; porque ó bien vale más que él y hace un abuso punible de su superioridad, ó vale ménos y entónces el abuso se convierte en ridículo. Por lo demás, el Sr. Ruiz ha dictado ya las reglas á que debe someterse el análisis de un libro, y esperamos que las aplicará en el exámen que está obligado á hacer de la obra del filósofo belga, despues del furibundo anatema que contra ella ha fulminado.

El Sr. Ruiz dice que no debe sorprendernos que el señor director de la Preparatoria le encargara las *Nociones*, porque este señor, "ageno á toda secta filosófica," se propone desvanecer los obstáculos que se oponen á la escuela, y como Tiberghien, "es el escollo más grande que hasta hoy se ha presentado al *adelanto* científico de la Preparatoria," era preciso desterrarlo y sustituirlo con un libro que "ageno á debates filosóficos" se propusiera organizar los conocimientos científicos. El Sr. Ruiz vuelve á equivocarse como de costumbre; no es cierto que el señor director de la Preparatoria sea ageno á toda secta filosófica, pues es espiritualista neto, enemigo irreconciliable del positivismo, y en esto estriba precisamente nuestra sorpresa, pues no comprendemos cómo con tales convicciones ha patrocinado una obra positivista. En cuanto á que el libro de Tiberghien sea un escollo para el *adelanto* científico, el Sr. Ruiz nos permitirá que no le creamos bajo su palabra, y esperamos por lo mismo que pruebe su aserto conforme á las sábias reglas que ha formulado. Por último, el autor ha olvidado el carácter de su propia obra en la cual debate el origen del conocimiento, la teoría empírica del silogismo, etc. ¿Creerá por ventura que no son éstos debates filosóficos?...

Concluimos por ahora con la conciencia tranquila, pues tenemos la satisfaccion de saber que el Sr. Ruiz, lejos de molestarse con nuestras observaciones, *las celebra infinito*, porque le ofrecen la ocasion de que con sus razonamientos, no sofisticos por supuesto, procure desvanecer los errores que queremos propagar en nuestro periódico, atacando las *buenas y verdaderas* doctrinas del ateísmo, el materialismo, el despotismo, etc. Así sea.

Damos las más expresivas gracias á nuestros estimables colegas la *República* y el *Centinela Católico* por el juicio benévolo que han formado de nuestros trabajos. La aprobacion de las personas sensatas é imparciales es la mejor recompensa que puede alcanzar el escritor que se dedica á la defensa de una causa justa.

J. M. VIGIL

LA RELIGION POSITIVISTA.

(TRADUCIDO DE LA OBRA DE M. E. CARO INTITULADA "ESTUDIOS MORALES SOBRE EL TIEMPO PRESENTE.")

I.

No se puede dudar del número incalculable de mesías que se codean diariamente en las calles. Verdaderamente parece que es la cosa más sencilla del mundo, el fundar una religion. Estamos bien léjos de la crítica negativa y disolvente de Voltaire y Hume. Ellos destruian las religiones; nuestros contemporáneos las construyen á competencia. Seria muy largo contar las religiones dadas á luz en Francia de treinta años á esta parte, y desaparecidas sucesivamente ante la indiferencia del público. Nada detiene á los propagadores de los nuevos cultos, que esperan vencer á fuerza de fe en sí mismos, la apatía de sus compatriotas, y cada día ve brotar el Evangelio del porvenir. ¡Trabajo inútil! quedan aislados en su pequeña iglesia, de la cual son á la vez el dios, el profeta, el servidor y muchas veces tambien el público.

M. Comte habia encontrado un intérprete eminente de sus ideas. M. Littré habia puesto al servicio de la sociología su dialéctica penetrante. El positivismo revestia, bajo la pluma de este hábil escritor, formas inesperadas. Él se hacia leer. Pero ¡ay! el acuerdo ha cesado entre el maestro y el gran discípulo, en el momento en que la filosofía positivista aspiraba á formar una religion.

No tenemos necesidad de decir que la fase religiosa del positivismo no quita nada al interés científico de esta filosofía que merece ser examinada y discutida aparte. No tenemos tampoco necesidad de recordar qué respeto se debe á la vida entera de M. Comte, á esa carrera sacrificada al interés exclusivo de lo que él creia la verdad, á esa vejez absorbida hasta el último día por un trabajo inmenso, á ese grande acto de abnegacion por la salud del mundo, que confundia con el triunfo de su doctrina. No traicionáremos este respeto en las páginas que van á seguir, al mismo tiempo que mantendrémos nuestro derecho á una entera franqueza.

curiosidad de los pormenores sobre esa Beatriz *subjetiva y objetiva*, á la extraña dedicación colocada al frente del primer volumen de la *Política positiva*.

Yo votaría igualmente, en interés de la gloria de M. Comte, por la supresión de cierta carta á S. M. el czar Nicolás, colocada al principio del tercer volumen. Las relaciones de carácter y de situación entre el jefe espiritual de la República occidental y el emperador de todas las Rusias, están en las primeras líneas, indicadas con una franqueza sorprendente: "... Este pensador (M. Comte) desde su marcha decisiva en 1822, combatió siempre la soberanía del pueblo y la igualdad, más radicalmente, en nombre del progreso, que lo que había podido hacerlo ninguna escuela retrógrada. Al mismo tiempo este autócrata [el czar] desde su advenimiento en 1825, jamás cesó de colocarse dignamente á la cabeza del movimiento humano en sus vastos Estados, preservándolos con una sábia firmeza, de la agitacion occidental. Preparada de este modo, esta comunicacion puede caracterizar las relaciones normales que exige el buen orden entre los verdaderos teóricos y los eminentes prácticos." Despues viene la exposicion del sistema, seguida de algunos consejos excelentes al czar sobre la policia de las publicaciones en Rusia. M. Comte recomienda á S. M. un poco más de severidad. Ya la autoridad del czar se emplea sábiamente en preservar á la Rusia de una multitud de escritos de que el Occidente está infestado. *El positivismo le aconsejará que vaya más lejos en cuanto á las producciones nacionales.* M. Comte encuentra que la libertad de la prensa es demasiado grande en San Petersburgo. Termina con la expresion viva de un voto, de una esperanza más bien. Este voto, esta esperanza, es que el jefe *natural* de los conservadores europeos aprecie muy pronto y tome bajo su proteccion decidida una doctrina que consolide y desarrolle la política conservadora. El eminente patricio, el czar, en busca del Bóforo no respondió á esta carta atractiva, y en el prefacio del tomo siguiente, M. Comte se queja amargamente de la *incivilizacion de este jefe, demasiado preocupado del Bajo-Imperio*. Se excusa con mucho trabajo de las vivas felicitaciones prodigadas á S. M. en el volumen anterior; el encanto está roto. El czar es advertido solemnemente que, persistiendo en su *aberracion* corre el riesgo de perder, para con la posteridad, todos los títulos *resultados* de una larga carrera. En suma, el incidente ruso, como agradablemente dice M. Comte, ha cambiado un poco el punto de vista: "Debé presumirse poco que ningún czar aprecie bastante sus ventajas para ilustrarse y perfeccionarse, procurando al positivismo una proteccion equivalente á la que el gran Federico supo conceder al enciclopedismo." Por estas líneas, selladas de melancolía, termina el último prefacio de M. Comte; sus prefacios, como se ve, no son más que largos y cándidos desahogos en el seno del público.

No hay que aguardar que M. Comte, el admirador del czar, sea muy indulgente respecto de la prensa. Le hemos visto reprochar al czar su demasiada indulgencia hácia las publicaciones moscovitas. Él no incurrirá en el mismo reproche cuando sea el amo. El fracaso absoluto, el aborto total de la *Revista Occidental* fundada en 1852, con plena ignorancia del mundo entero, le ha demostrado una vez más, la necesidad de *extinguir* el periodismo. "Al terminar el interregno espiritual, la religion positiva hace cesar naturalmente la usurpacion que suscitó entre los letrados occidentales. El sacerdocio de la

humanidad debe, pues, prohibirse todo participio en la institucion que deberá pronto herir como radicalmente anárquica." Esto es claro.

Indiquemos rápidamente cuáles eran el estado actual, las fuerzas del positivismo y sus probabilidades de éxito en el año de gracia de 1854. El vuelo del positivismo, como dice M. Comte, debe medirse un poco sobre la extension del subsidio sacerdotal. Ahora, el presupuesto del gran sacerdote estaba entónces en vía de progreso notable. Fundado el 12 de Noviembre de 1848, sube á 3,000 francos en 1849, á 3,300 en 1850, á 4,200 en 1851, á 5,600 en 1852, á 7,400 en 1853. Segun las fuentes que alimentaban el subsidio sacerdotal, M. Comte encuentra lo que llama *tres focos positivistas*: uno en Paris, los otros dos en Holanda é Irlanda. Pero no es sino en el centro parisiense en donde M. Comte puede apreciar directamente la plenitud y la consistencia de las convicciones. "Solamente allí ha surgido ya el bosquejo decisivo de la verdadera regeneracion, no ménos social que intelectual, *bajo un digno concurso de ambos sexos*. Diderot y Condorcet no podian esperar que, un siglo despues de la *Enciclopedia*, su sucesor uniría *nobles parejas* por el compromiso de la viudez eterna, y consagraria á la humanidad hijos plenamente dispensados de Dios. Tales triunfos anuncian que la metrópoli humana pertenecerá pronto á los positivistas, cuando la libertad espiritual les permita desarrollar el culto público, tanto como la adoracion íntima y las consagraciones domésticas." Fuera de estos tres focos, holandés, parisiense é irlandés, confiesa tristemente M. Comte que no registra en su libro de oro (es necesario llamarlo de esta manera, puesto que es el registro de las suscripciones) más que adhesiones aisladas y raras simpatías.

En sumá, grandes esfuerzos, gruesos volúmenes, noventa y un suscritores, tres focos positivistas, tal era en 1854 el balance de la nueva religion.

II.

"En el nombre del pasado y el porvenir, los servidores teóricos y los servidores prácticos de la humanidad, vienen á tomar dignamente la direccion general de los negocios terrestres, para construir al fin la verdadera providencia moral, intelectual y material excluyendo irrevocablemente de la supremacia política á todos los diversos esclavos de Dios, católicos, protestantes ó deistas, por ser á la vez retrógrados y perturbadores." Tal fué la proclamacion solemne por la cual, en el Palais-Royal, el 19 de Octubre de 1851, despues de un discurso de cinco horas, M. Comte tomó posesion del porvenir. Sin duda agradó esta fórmula á su autor; nosotros la encontramos citada con complacencia á la cabeza del *Catecismo positivista*, repetida con toda clase de honores á la conclusion de la vasta obra sobre la *Política*. Podia servir de epigrafe á la obra. Resume con una perfecta claridad su espíritu general y sus tendencias. Anuncia netamente la intencion y la mision de M. Comte, que es arrojar de la vida y de la historia á los esclavos de Dios, para traer el reino de los servidores de la humanidad. ¡Dios ha muerto, viva el nuevo dios!

El ateísmo es viejo en el mundo. ¿En qué consiste, pues, la originalidad incontestable del sistema de M. Comte? Consiste en querer constituir una religión casi mística, tomando por base un materialismo absoluto. Antes de abordar la teoría del Gran Sér, esencial es reasumir en sus rasgos generales, la filosofía crítica que le precede, por más que bajo ciertos puntos de vista la religión positivista sea independiente.

M. Augusto Comte ha establecido su doctrina en un tratado considerable de *Filosofía* publicado algunos años antes que la *Política positiva*.

La ambición confesada por el positivismo es nada ménos que renovar el espíritu humano, reduciendo los fenómenos morales y sociales á la ley de las explicaciones científicas, y sustituyendo definitivamente las nociones y métodos positivos á las doctrinas religiosas y metafísicas, que no han sido otra cosa que el régimen provisional de la humanidad. La teología está moribunda, la metafísica ha muerto, ya no hay un solo símbolo religioso, ni una demostración filosófica que se pueda imponer á las inteligencias. En medio de esta grande anarquía intelectual, en este descrédito inmenso de las doctrinas que, hasta hoy, han guiado á la humanidad inexperimentada, hay un hecho que crece diariamente, el reinado de las ciencias positivas, y mientras que los antiguos símbolos caen en el desprecio público; mientras que las afirmaciones filosóficas se convierten cada día en la burla de los fuertes; las ciencias exactas y las nociones experimentales ganan en crédito, en autoridad: tienen la gran ventaja de imponer á los espíritus una convicción irresistible, y de no admitir herejías, que, en este caso, serían puros absurdos. La ciencia se apodera de todo el lugar que le cede la expirante fe de las religiones ó la hipótesis desacreditada de las filosofías; pero el dominio actual de las nociones positivas está incompleto; los fenómenos sociales se le escapan, y mientras que este orden particular de fenómenos no sea puesto bajo la ley regular de las ciencias positivas, estas ciencias estarán defectuosas y dejarán una sombra de autoridad á las doctrinas supersticiosas. Las ciencias positivas no estarán completas, hasta el día en que hayan tomado el legítimo dominio de los fenómenos sociales, políticos, religiosos, usurpado por la mentira y la ilusión. En ese día, habrán muerto para siempre la religión y la metafísica; ese día habrá también una *filosofía positiva*, cuya tarea será reunir en una sola ciencia, todas las ciencias aisladas, parciales, y formar un sistema coordinado en que cada una entre como parte integrante. Ligadas estrechamente por la comunidad de origen, por la identidad de métodos y caracteres, todas las ciencias se reunirán en un vasto conjunto, en una gran filosofía, cuyo carácter será la unidad, y que tendrá por ciencias especiales los diferentes órdenes de fenómenos; los fenómenos del mundo anorgánico por las matemáticas, por la astronomía, por la física y por la química; los fenómenos del mundo orgánico por la biología; los fenómenos morales y sociales por una ciencia nueva, la *sociología*.

La sociología completa de esta manera el sistema de las nociones positivas, y el positivismo está constituido; por las ciencias particulares, corresponde á todos los órdenes de fenómenos variados que caen bajo la percepción de la humana inteligencia; se ofrece á sus amigos lo mismo que á sus enemigos, con la ventaja de un método sencillo y de una unidad incomparable. Así como espera recomenzar por la ciencia, la obra errada deplora-

blemente por la superstición y la hipótesis, así es como espera rehacer de arriba abajo, la educación del género humano. ¿Cuáles son los caracteres de la nueva filosofía? No tiene más que uno, que reúne los demás: la eliminación de lo absoluto. Si la metafísica, cuya esterilidad solo iguala la de la religión, ha extraviado tanto tiempo al espíritu humano en sistemas sin salida, es que había emprendido lo imposible. Circunscrita sabiamente á lo que puede conocer de un modo experimental; sin tratar de estudiar más que lo que puede saber, clasificando los efectos sin preocuparse de las causas; dejando al pasado los atrevimientos juveniles de la inexperiencia y las temeridades de la debilidad que se ignora, la nueva filosofía será llamada justamente positiva. No intentará nada que no esté en la medida de lo posible y de lo cierto; sabrá desconfiar de esas presunciones que caracterizan cada ciencia naciente y le inspiran el loco pensamiento de penetrar en la esencia de las cosas; no aceptará en su dominio más que las nociones claras, demostrables, que se imponen á las inteligencias con ese carácter de evidencia que acompaña las experiencias de la física; someterá á un lento análisis los hechos particulares, observándolos con un escrúpulo minucioso, agrupándolos según sus analogías, interrogando largo tiempo la experiencia antes de elevarse por la inducción reflexiva á las verdades generales que, nacidas de la experiencia, guardarán el carácter esencial y quedarán siempre relativas. Basta decir que la filosofía positiva arrojará despiadadamente de su seno todos esos pretendidos axiomas y demostraciones ilusorias, sobre los cuales se edifican desde hace tantos siglos, las quimeras de la metafísica. Basta decir que repudiará como sueños, todas esas concepciones fundamentales, de sustancia, de causa, de razón primera y de esencia de las cosas, en las cuales se ha perdido hasta aquí la razón, estérilmente laboriosa, de la humanidad. Necesario es dejar estas cuestiones insolubles á la infancia del mundo, y ocupar útilmente la edad viril del género humano, que tantas decepciones debieran corregir, suponiendo que no sea incorregible. Hé aquí, pues, lo que no deja duda: la naturaleza de las cuestiones cambia en la nueva filosofía. No más indagación sobre las causas primeras y sobre las causas finales; en cambio una indagación seria, definitiva sobre los fenómenos del orden moral y del orden social. De absolutas, se convierten las cuestiones en relativas; los métodos cambian como las cuestiones que hay que resolver; la hipótesis se deja por la demostración matemática. En ambos casos, una convicción irresistible y duradera sustituye á una fe complaciente y efímera. Tal es la ciencia positiva, conjunto vasto de todas las ciencias traídas por un poderoso esfuerzo á la más rigurosa unidad, y rechazando con el más severo cuidado, todas las nociones que no son relativas, todas las nociones que no son nociones de los fenómenos ó de las leyes, es decir, de los fenómenos generalizados. En el círculo, de esta manera reducido, de las verdades positivas, ya no se creará, se sabrá.

Es fácil ver, sin que sea necesario insistir más sobre los principios constitutivos del positivismo y cuál es el espíritu general que lo anima, tentativa poderosa para coordinar todas las ciencias en un vasto sistema, igual á la realidad de las cosas; desprecio sistemático hácia todos los procedimientos de demostración que no están rigurosamente calcados sobre la experimentación de las ciencias físicas ó sobre el método de las ciencias

La nueva era, la era religiosa del positivismo comienza con el primer volumen de la grande obra intitulada: "Sistema de política positiva;" y como es bueno marcar con precision los hechos fundamentales de las religiones, la época exacta de esta transformación de Aristóteles en San Pablo, es el mes de Julio de 1851.

La ambicion de M. Comte no tiende solamente á arruinar las creencias del pasado, sino á edificar una sociedad nueva. La reforma filosófica es para él el prefacio de otra reforma que alcanza á la vida individual y social en sus principios fundamentales. Todo está aniquilado, todo va de nuevo á levantarse.

Fiel á su axioma favorito que no se destruye sino lo que se reemplaza, M. Comte vá á refundir en el crisol de su pensamiento, una sociedad, un mundo, un dios. Continúa con un ardor digno de mejor suerte, el discurso sobre la historia universal, adaptándole á sus principios; construye de todas piezas una religion; populariza el nuevo dogma en un Catecismo en once conversaciones, entre una mujer y un sacerdote de la humanidad; en fin, expone de una manera rigurosa y hasta los menores detalles, el método de transformación que pretende hacer sufrir á la sociedad, luego que la sociedad se ponga en sus manos; y al paso en que van las cosas, no podeis dudar que esto sea mañana ó pasado mañana á más tardar. Nosotros tenemos la ventaja, con M. Comte, de saber exactamente la suerte que nos está reservada.

El porvenir está en la mano de M. Comte, y no es M. Comte quien cerrará la mano, como Fontenelle. Su entusiasmo es de una prolijidad y una difusion sin ejemplo.

Nada en el mundo puede dar una idea de ese estilo superabundante, confuso, recargado de epítetos, devorado de palabras parásitas, saturado de matemáticas, con yuxtaposiciones sin fin, adiciones de palabras, repeticiones de ideas, giros de un candor excesivo, maneras de una inexperiencia adorablemente cómica. Es una mezcla de expresiones tomadas de todas las ciencias conocidas y desconocidas. Y, cosa extraña, no vayais á creer por lo ménos que M. Comte sea un bárbaro y desdeñe sacrificar á las musas. En más de un pasaje nos revela la más viva solicitud por su reputacion literaria. Se preocupa del arte de escribir. A veces quiere poetizar su estilo, por ejemplo; cuando habla de las mujeres y del amor, y se diria entónces que es un compás jugando con las gracias.

A veces tambien se mete en el trabajo de explicarnos los delicados artificios de que se sirve para perfeccionar su manera de escribir. "Para utilizar tanto como es posible mi solicitud literaria, debo, dice él, caracterizar las diversas prescripciones que me he impuesto gradualmente, con especialidad hácia la segunda mitad de mi construccion religiosa, y sobre todo, en cuanto al tomo final. A fin de evitar las frases demasiado largas, jamás he permitido que ninguna excediese de dos líneas manuscritas, ó cinco impresas. La vista y el espíritu han obtenido descansos convenientes, restringiendo á siete frases la más grande extension de mis renglones, que no son solamente tipográficos. Sin que la prosa deba aspirar á la perfeccion musical de la poesía, me he esforzado en aproximarla, prohibiéndome todo hiato, aun entre dos frases ó dos renglones. Por otra parte, he evitado el reproducir *cualquiera* palabra, no solamente hácia cada frase sino para dos frases consecutivas, aun cambiando de renglones, salvo en cuanto á los

monosílabos auxiliares... Cuando el hábito me ha facilitado suficientemente este nuevo yugo, ha venido á ser la *fuentes* continua de mejoras imprevistas, no solo hácia el discurso, sino aun para el pensamiento." Estas líneas están extraídas de la página 9 del cuarto volumen.

M. Comte es un papa humanitario; se arroga sobre su pequeña iglesia una supremacía inimaginable. Morigera, amonesta, corrige, reprinde, absuelve con una sangre fria magnífica. Leed solamente su singular *Discurso pronunciado en los funerales de M. Blainville el 15 César 62* (estilo positivista), y redactado al día siguiente con más desarrollo. Las complacencias de la oracion fúnebre no se prodigan allí, y se leen frases tales como éstas: "Blainville carece del fuego sagrado que en todas partes impulsa directamente al activo seguimiento del bien, á la vez sin descanso y sin esfuerzo, con la sola mira de una satisfaccion interior inevitable. Hácia esta fuente exclusiva de nuestra verdadera unidad, la menor mujer digna de su sexo sobrepasa necesariamente al más poderoso pensador privado de ternura. La bondad del corazon importa más que la fuerza del carácter en el pleno vuelo de una carrera puramente teórica.... Blainville no fué dichoso. Su triste fin representa demasiado el conjunto de su vida. Esta muerte imprevista y sin dolor, no conviene mas que á los egoistas, puesto que impide el dar ó recibir ningun adiós." El orador añade ingenuamente, en nota, que el principio de este discurso habia determinado la brusca partida de los asistentes.

Si es riguroso hácia los muertos, el gran pontífice no guardará consideraciones á los vivos. Un artista de talento, M. Etxe, sabe algo de esto. Es un discípulo, á lo que parece, pero un discípulo flotante. Los prefacios de los diferentes volúmenes son á su vez irritados ó lisonjeros respecto de este catecúmeno irregular, y, como todo debe ser relativo en la escuela de lo relativo por excelencia, cuando M. Etxe es disidente, se borra su *Curso de dibujo* de la *Biblioteca del proletariado*, y cuando M. Etxe vuelve al redil, se reintegran sus obras en la lista de honor de las publicaciones positivistas.

Todo esto debería pasar en familia, segun un proverbio eminentemente positivo. Diremos otro tanto de ciertas cuentas domésticas, que seguramente no perderian nada en no ostentarse en prefacios. Conébase que los partidarios de la nueva religion hayan concertado sus esfuerzos para arrancar de la miseria una vejez consagrada á inmensos trabajos; pero tal vez no es necesario hacer tanto ruido con esas suscripciones y pregonarlas con tanta pompa. Quizá tambien era inútil fulminar tan violentos anatemas contra los *adherentes demasiado abstractos que rehúsen ayudar al fundador de la nueva filosofía á vencer la miseria suscitada por un infame despojo*. ¿A qué fin dar á cada suscriptor el bello título de *cooperador del libre subsidio*, si esta libertad del subsidio es negada en la práctica? En interés de M. Comte y de su dignidad, se habría debido hacer desaparecer de sus libros la relacion circunstanciada de su lista civil y todos los pequeños chismes relativos al empleo de los fondos. ¡Cómo se presta todo esto á la risa de los incrédulos!

No nos es posible abstenernos tampoco de lamentar profundamente las indiscretas efusiones del lirismo pontifical respecto de esa casta compañera inmortal, en la cual M. Comte pudo encontrar á la vez la *madre subjetiva* que supone su segunda vida, y la *hija objetiva* que debia embellecer una existencia temporal. Remitimos á los que tuvieron